

EPÍLOGO

Más allá de este límite su villete
ya no es válido

Más Allá de Este Límite Su Vilete No Es Válido

A través de mí ya larga vida, he visto desaparecer familiares y amigos y, frente al dolor de sus pérdidas, he aprendido a tener ciertas resistencias que me han ayudado a paliar sus ausencias. Mi madre, presintiendo su fin, me pidió que la llevara de NJ donde vivía, a morir en Cali y ser enterrada en la cripta familiar al lado de nuestro padre. Solo me puso una condición, no quería sufrir, no quería tener dolor. Me asombró su serenidad frente a lo inevitable. Cumplí a carta cabal con sus deseos y, sorprendentemente, al llegar a Cali, su salud mejoró y tuvo unos meses de lucides y fuerza para ver por última vez la ciudad de su vida. Obligatoriamente tuve que regresar a mi trabajo en España quedando ella al cuidado de mis hermanos.

Nos despedimos sabiendo que no nos volveríamos a ver. El médico que la atendía tenía la orden firmada de no dejarla sufrir. Estando en el norte de España, el médico me llamó y me dijo, qué si quería verla, debería viajar pronto porque de ese fin de semana no pasaba. Inmediatamente tome la carretera para ir al aeropuerto en Madrid y coger el primer vuelo. Sin embargo, llegando a Barajas, me llamaron mis hermanos comunicándome su fallecimiento. Decidí no viajar. La parafernalia católica que propugnaban mis hermanos no me concernía. Ya había hecho lo que ella quería. Con eso me bastaba.

Dos amigos del alma me dieron una lección de vida. Mi hermano Adolfo me comentó con una serenidad increíble, que ya no aguantaba más los suplicios a los que se sometía en busca de curación. Había decidido suspender cualquier tratamiento y estaba listo para asumir lo que viniera y en el tiempo que quedara. Ante mi regreso a España, el médico me avisó: despídase de su amigo no habrá tiempo después. Hablamos de todo lo que pudimos, nos reímos y ninguno pensó en la ida. Así fue como pusimos fin a más de cincuenta años de íntima amistad. Desgraciadamente, llegue tarde a su funeral. Un año después, hablé con mi otro hermano Hernán estando en el hospital. Con toda la racionalidad que le daba la serenidad de su fin, me dijo: hermano, esto es todo. No hay nada más. Se acabo y estoy totalmente preparado. Gracias por tu amistad. Fuimos lo que fuimos y no hay que llorar

por lo que ya no será. Hasta siempre hermano. Un me después falleció.

Siempre me sorprendió la serenidad que se adquiere con la próxima muerte. Esa madurez que se obtiene al saber el final esperado. Es en ese momento cuando se cumple la máxima filosófica de que el hombre se conoce a sí mismo después de haber actuado. Cuando echas la mirada al pasado y vez que tus pasiones y anhelos se cumplieron a pesar tuyo. Casi sin enterarte de lo que estabas haciendo. Situaciones que se han vivido imperceptiblemente, incluso aquellas vividas de forma intensa y tremenda. Son las líneas constantes de la condición humana.

Al conocer tu fecha de caducidad, de pronto consigues la despreocupación estoica de que no necesitas nada. Alcanzas un nivel superior en donde el peso del pasado deja de acecharte y la vida presente se viven de forma tan natural como si volvieras a nacer. El futuro ya no existe. A veces la burla ayuda a enfrentar el presente en busca de una integridad consigo mismo. Puede parecer una posición cínica pero así llega a la sosegada visión de lo que inocentemente esperas. No hay amargura, no hay dolor, solo hay entereza para soporta lo que viene. Eso es todo. Ni siquiera se trata de dignidad. El mundo sigue sin ti. Tu mundo se reduce a ti mismo, a un autocontrol que no tiene afanes, a una sosegada situación que se parece mucho a la serenidad. Sin embargo, la serenidad que aparentas queda soliviantada por el dolor de las personas que te quieren. De aquellas que se niegan a aceptar la nueva realidad. Las que se sienten sorprendidas e incapaces de admitir la desaparición.

El delicado y terrible equilibrio muchas veces se rompe y complica situaciones que en otro momento serían banales. Y entonces, vuelven los afanes y la agitación momentánea que rompe tu sosiego. De nuevo se exige el autocontrol para no cruzar la delgada línea que mantiene en pie tu entereza, la cordura necesaria para no disolverte en batallas perdidas de antemano.

Es lo que Rene Char llamaba la Serenidad Crispada. Aquella en la que, aunque estemos agredidos por todas partes, devorados, odiados, estaqueados, llegamos sin embargo a gozar de pie, de pie, de pie, con nuestra execración, con nuestros riñones. “Ese instante en que la Belleza, tras haberse hecho esperar por mucho tiempo, surge de las cosas comunes, atraviesa nuestro campo rebosante, une todo lo que puede ser unido, alumbra todo lo que puede ser alumbrado por nuestro haz de tinieblas”.

§§§§§

PD: "Au-delà de cette limite votre ticket n'est plus valable" es una novela de Romain Gary en donde su protagonista de forma cruda y dura, justifica su suicidio.